

matasanos, plumíferos, polizaicos. Comediante mayor en un medio de farsa crónica, luchaba por sostener la ilusión emprendida, mientras a sus pies comenzaba a crujir el tablado. Se estiró el bigote, sacudió de un lado a otro la cabeza y repitió:—“¡Caray! ¡Qué pueblo!”



### XXXVII.

#### ELVIRA Y FLON ARCHIVADOS.

Cuando Velázquez dió la orden de aprehender a los linchadores, algunos gendarmes, más o menos cándidos, salieron a ejecutarla en bloque a expensas de los curiosos agolpados a la entrada del Palacio. En ese momento, un joven de sombrero canelo y una joven de tápalo cenizo pasaban juntos por el portal.

La curiosidad los impulsaba hacia el Palacio con muchos noctívagos, y pronto se sintieron incluidos en un pelotón de forzados. Gendarmes delante tiraban, gendarmes detrás empujaban... “Arre con todos!” y escaleras arriba, los aprehendidos fueron desfilando por corredores y salas hasta la pieza del asesinado.

Allí, la recua fué puesta en presencia de su presunta víctima.

—“Linchadores, mirad vuestra obra!” dijo Vicencio plantándose junto al muerto. Le pareció volver a sus más bellos triunfos del teatro Hídalgo, cuando, ante las galerías conmovidas, clamaba venganza contra el traidor.

Un oficial abrió la sumaria tomando declaraciones. Llegó su turno a la parejita. El del sombrero canelo se apersonó bajo el rubro de Pedro Flon, estudiante quintanista de Medicina y practicante *franco* de la 5ª Comisaría; la del tápalo cenizo se dió a conocer con el nombre y gracia de Elvira Resendis, esculapía igualmente; aunque de primer año.

—¿Dónde no andará esta loca? ¿También tú?..

Así habló Velázquez mezclándose repentinamente al tribunal improvisado. Su apóstrofe a la Julio César (*Tu quoque?*), se perdió en una carcajada nerviosa de la histérica. . . . La guardaron en observación como sospechosa de complicidades mal definidas con los linchadores. Un mozo de oficio, nombrado Canuto, convertido en guardián nocturno, la llevó al “archivo” de Palacio en unión de su co-detenido Pedro Flon y de otros sospechosos co-linchadores. Entregáronse éstos a un sueño reparador en sillas y butacas, mientras él y ella buscaban diversión y honesto desvelo en una máquina de escribir que

despojaron de su cubierta metálica. Pasó Elvira las yemas por las gráficas teclas, y bajo la sugestión y corrección del practicante, escribió un ocurso al primer Magistrado.

“Señor Presidente de la República, General Don Porfirio Díaz.—Desde el archivo de la Diputación en que nos ha archivado el Sr. Velázquez, dirigimos a Ud. la presente para decirle que, por más que Don Eduardo nos acrimina de linchar, no linchamos. No más nos asomamos a ver el linchamiento.—El linchado estaba ya tendido en la linchaduría, y el linchador principal es él, Don Eduardo.”

—“Vengan firmas!” exclamó Flon.—Elvira excitaba a los dormilones. . . . .

“Recuerde el alma dormida  
Avive el seso y despierte. . . . .”

Al rumor de la copla manriquesca, sacudió la histérica a un recalitrante que se obstinaba en preferir el sueño al ocurso.—Una colecta produjo peso y medio ¡un dinerall! para sobornar a Canuto que cesó de roncar a la entrada del archivo. . . . . Corrompido el guardián, degeneró en mensajero y salió, conviniendo en deslizar el pliego bajo la puerta de la mansión presidencial, Cadena 8.

A favor de su ausencia, algunos archivados se echaron por corredores y pasillos en busca de libertad.

Extravióse Elvira por las oficinas de la Inspección General y fué a dar al cuarto mismo del crimen. Habían desnudado a Arroyo para reconocerle las nueve heridas punzo-cortantes, y mal envuelto en una lona, lo habían dejado sobre la camilla en que debían luego transportarlo a la 4ª Comisaría, la más próxima.

Esta visión, a la luz vacilante de la lamparilla de petróleo, le revivió la del cura de Tlalnepantla. Y ¡qué soledad la del apuñaleado, inmediatamente después de haberse dado cita en su cuerpo tantas perversidades, tantas idiotas ambiciones!

Como si huyera, regresó al archivo en que sus compañeros de secuestro se lamentaban.

—Hemos buscado salida y no la hay, dijo Flon... Todo cerrado.

—Y yo..... repuso Elvira. No pudo expresarse más que señalando el cuarto del occiso; y rompió en una de sus eternas citas poéticas:

“Dios mío! ¡qué solos  
Se quedan los muertos!”



### XXXVIII.

#### LA OFRENDA AL CAUDILLO.

Al irse a acostar cerca de las dos de la mañana, recomendó a Cándido que lo despertaran temprano. Por lo cual, al amanecer del 17, el cándido mayordomo (¡no sabía para qué había comprado cuchillos!) se acercó al lecho de su amo, voceando la hora.

—Señor, son las cinco.

Dormitaba Don Eduardo con inquieto sopor, de que salió bruscamente, ordenando:—“Ve a comprarme todos los periódicos que encuentres.” Y se quedó en la cama, como si el cuerpo alargado por la velada, se negase a secundar la ansiedad del espíritu.

Media hora después, desplegada, acostado, las hojas impresas en que, tras de las “cabezas” lla-

mativas refiriéndose al ATENTADO de la víspera, se destacaban los “A ÚLTIMA HORA,” llenos de derivados del primitivo verbo yankee *to lynch*. Era la primera vez que los periódicos de México atentaban seriamente, por cuenta propia, contra la Ortografía castellana, con el trasplante de esa *y griega* sonando como vocal entre dos consonantes.—ARNULFO ARROYO LYNCHADO,” proclamaba el “Justiciero” y seguía la literatura de Ezquerro:

“Un tropel de hombres del pueblo penetró desordenadamente hoy a la una de la mañana al Palacio Municipal, subió las escaleras y arrollando a los gendarmes que hacían la guardia, llegó hasta el despacho del Inspector General de Policía, matando a Arnulfo Arroyo que se encontraba preso en aquel lugar.”

Otros periódicos expresaban su incredulidad, sobre la autenticidad del “lynchamiento;” pero Don Eduardo pasó sobre esas dudas como pasó el pantalón por sus dos piernas largas y enjutas. Sacudió la visión que había flotado en su sueño: la cara lívida del encamisado echando sangre por la boca, los ojos hundidos y abiertos persiguiéndole con miradas de reproche infinito.

Las abluciones frías, la taza de café, la mañana fresca y luminosa colándose por la ventana abierta, restituyeron al Inspector la plácida y

burlona comprensión del vivir. De la lectura de los periódicos, sólo le quedó el *lynchamiento*, cuya ortografía fantástica se harmonizaba en su espíritu con la sangrienta tramoya por él discurrída. Aquella *y griega* no era *i vocal*; y sin embargo valía como si lo fuese. . . . Así la vida, así toda la farsa social en que le había tocado un papel director. ¿No era él quien por el intermedio de los inspectores de la ciudad y los prefectos del contorno dirigía las *elecciones populares* en todo el Distrito Federal? ¿No era él quien imponía al personal grande y pequeño de comisarías y prefecturas las listas de senadores, diputados, magistrados, municipales que debían resultar elegidos por el soberano *pueblo*? . . . Sin embargo, el *pueblo* no tomaba parte ninguna en la elección. Se trataba de mera fórmula convencional que, al escribirse, representaba algo distinto de su significación directa—como la *y* de *lynchamiento*. “Por consiguiente, cuando yo, Eduardo Velázquez, comunico oficialmente al Gobernador, al Ministro de Gobernación y a la prensa subvencionada que *un tropel de pueblo ha invadido la Oficina de la Inspección General y matado a Arnulfo Arroyo*, no hago más que continuar el procedimiento empleado por el Gobierno para regir al país.”

Razonando de esta suerte, como la misma Lógica, iba Don Eduardo muy de mañana en coche colorado, camino de la 4ª Comisaría, situada en la calle de Venero. Allí habían llevado el cadáver de Arroyo; y el Inspector se sentía atraído hacia él por esa extraña curiosidad mezclada de horror que es como una citación instituída por la naturaleza para celebrar careos extrajudiciales entre matadores y matados.

Al bajar del coche, un gendarme, estacionado en la puerta de la 4ª, le recibió tocándose el kepi, con el saludo policiaco: “no hay novedad, jefe.”

Y sí que la había. El cadáver de Arroyo tendido en el patio era verdadera novedad para los curiosos acostumbrados a ver puñaladas por cuestiones de pulquería. Aquellas eran puñaladas políticas, *benignas*, al decir de un licenciado que andaba por allí husmeando el pastel judicial que se preparaba. Otro circunstante, empleado amanuense que aspiraba por ascender a secretario, opinó que casi todas las heridas eran *metiditas* “ligeras,” de media pulgada; y con índice y pulgar apenas separados, señalaba esta su dimensión exterior, sin hacer caso de la profundidad. Pero ninguna de tales atenuaciones mexicanas lograba impedir que Don Eduardo, en su

excitación renaciente, viese grandes las heridas. Sentía los cuchillos penetrar y dar vueltas en la entraña, de acuerdo con la frase de un puñalero: “se lo arremoliné dentro.” . . .

Volvió a su tema nocturno de “anarquismo,” “pueblo vengador”, etc. Sintió empero que su recitado sonaba en falsete; descubrió risas en los serios, acusaciones en los serviles, ironías en los aduladores. Fulminó escarmientos contra los conspiradores que asediaban “la más preciosa vida de la nación.” Y como si huyera del muerto, de la camada, de sí mismo, se fué a ver al “Caudillo.”

Con sentimiento análogo al de los sacrificadores aztecas cuando desvisceraban a una víctima en honor de cualquier Ahuitzotl, iba Don Eduardo a ofrecer la suya al Presidente de la República. . . . Sólo habían cambiado los detalles: el teocalli sangriento se había trasladado del Norte (sitio de la Catedral) al Sur (Diputación) de la gran plaza. Los cuchillos eran de fierro en vez de obsidiana.

Acordada que le fué la audiencia íntima para asunto de urgencia, entró Velázquez al gabinete particular del Dictador.

Estaba Don Porfirio sentado a su mesa de trabajo en que alteros de libros y folletos flanquea-

ban un centro de menudencias militares. Aquí un cañoncito erguido en su cureña, por cuya boca asomaban los lápices; al lado un tren de municiones, con el tintero a guisa de caja de parque, montado entre ruedas. Las plumas se alojaban en cóncavo fragmento de metralla, pulido y encajado con arte, recuerdo auténtico de célebre combate (Tecoac); no así el pisa-papel con su pila de balitas, pura fantasía en plomo, sentada sobre trozo de *tecalli*. Tres diminutos Mausser, reunidos en pabellón, uno porta-plumas, otro tira-líneas, el tercero corta-papel gracias a su marracito enarbolado, completaban aquel liliputiense arsenal de soldado burócrata.

El Inspector hizo su relación de linchamiento con segura entonación, como si ya se hubiese operado en él esa auto-sugestión de los embusteros, en virtud de la cual acaban por forjarse una convicción fundada en sus propias mentiras.

En silencio le escuchó el Dictador, rodando entre sus dedos un papelito enrollado. Sólo cuando Velázquez empezó a encarecer la gravedad del "atentado" de Arroyo, con alusiones a "un vasto complot del anarquismo" para asesinarlo, Don Porfirio le interrumpió:

—Algo sabía yo de eso, por unos anónimos,

que me anunciaban terribles ataques. Pero a propósito, hoy recibí otro anónimo que quizá provenga del mismo celoso guardián de mi existencia, en que se me instruye sobre la realidad del *linchamiento*.

Sin dejarlo ver a Velázquez, el Presidente desplegó el papelito. No era más que la anónima misiva nocturna de Elvira Resendis que le fué presentada con su correo particular de la mañana.

No pudo menos de turbarse el Inspector ante la salida presidencial. Su turbación subió de punto al sorprender la incisiva malicia con que el Caudillo silabeaba el vocablo "linchamiento."

—No sabía yo, agregó Don Porfirio, que en México se linchaba. En reciente ocasión tuve el placer de decirle al Embajador de Estados- Unidos: "aquí no se lincha"... ¿Cómo es que Ud. jefe de la Policía, ha dejado introducir entre nosotros esa costumbre yankee?

El golpe aturdió de tal modo a Don Eduardo que le hizo disparar una respuesta que traía a prevención en el fondo de su dialéctica, como último recurso:

—Ya se había introducido..... por Veracruz... desde Junio de 1877.

Esta referencia a los fusilamientos de pronunciados el 25 de aquel Junio, tuvo por primer

efecto el hacer levantar al Caudillo de su asiento. Velázquez hubiera querido hundirse bajo el suyo. Había disparado el tiro, en el relámpago de una impulsión polemista que se desvaneció luego, sin dejar en el ánimo del Inspector más que arrepentimiento y confusión. Sintió como que se le doblaban las rodillas, y tuvo que esforzarse para no caer postrado ante el Jefe y ofrecerle sin ambages la víctima apuñaleada en su honor.

—Señor! Ud. es mi padre, mi. . . .”

Con un ademán, rechazó el Caudillo la paternidad y el resto. . . .

—Nada! No ceje Ud.; está dicho! ¿Conque yo también lincho? ¿Conque la fusilata de Veracruz hace veinte años? . . . Niego la paridad, como me enseñaron a *argüir* en el Seminario de Oaxaca. . . . Ante todo ¿está Ud. al tanto de la cuestión? Sabrá lo que muchos saben: que aquí mismo, en la capital, había juntas revolucionarias a que asistían generales de división y antiguos ministros. Sabrá que gobernadores y jefes me alborotaban la caballada por puro amor al desorden. Volvíamos a las *andadas*, cuando ya teníamos medio siglo de andar en esas. Era tiempo de pararnos. Allá, en Veracruz, no había tan sólo pronunciamientos de borrachines en cafés

y cantinas, ni todo el *mitote* se reducía a los cañonazos que echaba por la costa el “Libertad” en honor del paisanito veracruzano Don Sebastián Lerdo. Había algo más que no he dejado decir a los amigos, porque acusa nuestra flaqueza hacendaria. El hecho fué que la *pronuncia* había cundido a la Aduana y no se nos remitían las entradas. Se quedaban en gran parte allá para fomentar la revolución en proyecto. . . . Y ha de saber Ud. que, sin ese producto aduanal, mi Gobierno naciente quebraba de seguro. . . . Ser o no ser; era *mi momento*, el momento de herrar o quitar el banco.

Así hablando, el Caudillo se paseaba por el gabinete, frente a Velázquez sentado. Abandonándose a una de esas expansiones que salían del lado sencillo y bonachón de su carácter, casi olvidó unos instantes la delicada situación de su confidente. Prosiguió:

—Es triste; pero es así. . . . Me duele que la solvencia y el crédito del país dependan de las entradas del extranjero en un solo puerto. . . . Aquella jugarreta revolucionaria nos costaba los víveres. Era una “trompada” más grave que la del pobre loco que me asaltó en la Alameda. . . . Eso fué un “gaznucho”. . . . por más que diga el doctor Penequez que vino a verme a raíz del su-

ceso. . . . Me dijo que el golpe era grave, porque lo recibí en un punto que correspondía al *bulbo*. . . . un organito que, según parece, tenemos alojado en la nuca y en que se centralizan grandes funciones vitales. Opinó que se hallaban éstas comprometidas. Me recetó que no saliera al aire, que no me lavara la cara ni con agua tibia, que ayunara y comiera de vigilia durante ocho días. Por poco me *manda a ejercicios*. . . . ¡Papas! Luego quería aplicarme en la nuca la electricidad de una maquinita, también un aparato de tubo enrollado con corriente continua de agua hirviendo. . . . Yo hago como si le hiciera caso, por la familia, por complacer a las señoras. Que crean que me está conservando la vida. ¡Hay tantos como ese sabio que pretenden salvarme de morir a cada instante! (Aquí, los párpados de Don Eduardo se abatieron bajo el peso de una alusión directa). Entretanto, continuó el Presidente, salgo al aire, me lavo con agua fría, como *sin vigilia*. . . . y nada de tubos calientes ni maquinitas!

Alzó la mirada temerosa el Inspector como esperando su sentencia tras la digresión. Volvió el Dictador a su asiento, frente al escritorio; y sus manos tentalearon el cañoncito boca-arriba, la pila de balas, el diminuto pabellón de Mau-

ssers. Se acercaba ya a la época en que iba a resolver sentado, en el enervamiento de la grandeza, las cuestiones del ataque y la defensa; y parecía buscar una palabra final, en relación con aquellas miniaturas.

—Conque le decía a Ud. que en la Aduana de Veracruz estaba el centro vital, algo como el *bulbo* del país. . . . La rebelión de 77 era una “trompada” a ese bulbo. . . . Que me la den a mí, y por mano de un loco, poco me importa. Pero que se la den al país, y en el cerviguillo. . . . eso no! . . . Entonces sí dejo que linchen. . . . no con puñales, con estas cositas de más tamaño.

Lo cual diciendo, mostraba al Inspector los fusiles del ilusorio arsenal, y terminó:

—Señor Velázquez, puede Ud. retirarse.

—Pero, señor Presidente, mi adhesión a Ud. es inmensa, insistió Don Eduardo en el dintel del gabinete, con el acento plañidero de un sacrificador que ve rehusada por el Dios su ofrenda sangrienta.

—Yo no soy juez; vaya Ud. con el juez. Y el Presidente le cerró la puerta.

Poco después decía por teléfono al Secretario de Gobernación:

“Aquí vino Velázquez con su cuento del linchado. . . . Es necesario destituirlo inmediatamente.”





### XXXIX.

DE CÓMO UN INSPECTOR COMIENZA A SER "EX."

Después de la comedia de la indignación, vino la comedia del sentimiento. Los mismos que excitaban el 16 a la ejecución sumaria de Arnulfo Arroyo, fueron los que en la tarde del 17 iniciaron las lamentaciones sobre su desgraciada pasión y muerte. Crecía el dolor cuanto más se afirmaba la decisión del Jefe para rechazar el holocausto.

El 18, el acreditado y apreciable "Justiciero," refiriéndose al "atentado que llevó a efecto un grupo del pueblo contra el agresor del Jefe del Estado," declaraba: "La sociedad de México no puede simpatizar con esa forma brutal de hacer justicia."

El 19, con la destitución oficial de Velázquez,

CAPÍTULO XI

coincidió el abandono de sus antiguos amigos clamando por boca de Ezquerro: "Tengamos fe en la justicia!" Ya habían obtenido las entrañas de Arroyo, y venía la hora de suspirar por las de Velázquez y sus chichimecas. Sin estos destripamientos, los justicieros perdían "la fe."

Pero el Inspector vacilaba en perder la suya. Le pareció que con entregar el mando gendarmil, la justicia quedaría satisfecha. ¡Adiós potestad edilicia; no más imperialismo de calles y plazas, teatros, garitos, lupanares; no más multas discrecionales de bolsillo a bolsillo ni más venganzas ejercidas con el garrote de la ley; adiós caballos nutridos al par del caballerango en el nacional pesebre! . . . Tantos bienes perdidos afectan diversamente a un gran polizaico, según la región geográfica a que pertenezca. En México el sol esplende todos los días, disipando nubes en el cielo, sombras en el espíritu. País "de broma" (véase Don José Zorrilla), país "de aventura" (v. Maximiliano de Austria I y último), país "minero por excelencia" (v. Cecil Rhodes) la broma, la aventura y las minas influyen en el modo con que el mexicano reacciona contra la adversidad.

El minero que encuentra la ruina o la fortuna a golpes de barreta acaba por comunicar a

la humanidad que le rodea su psicología profesional. Ya no se consideran los acontecimientos como el resultado lógico de actos propios o ajenos. El fortuitismo domina toda la vida.—"Esto me sucede porque *la* tuve o no."—¿Quién es *ella*?—La *Suerte*, metafísica patrona del barretero, sustituyéndose a la autonomía racional. Un golpe a la derecha dió el cascajo; si hubiera sido a la izquierda, habría dado el perdido filón. Y para que coincidan en el espacio el filón y el barretazo no existen leyes fijas. La casualidad *lo ha querido*. Porque sobre este orden de ideas, reina la mitología voluntariosa de antiguos y modernos. Minerva y Juno dirigiendo los lanzazos junto a Troya, ángeles y diablos, armados de batutas, llevando alternativamente el compás de los golpes.

Fatalismo minero, broma y aventura: tres ingredientes distintos y un solo licor verdadero. Es el que bebe el mexicano en su cáliz de amargura. Deja venir la desgracia con burlona indiferencia, acaso interrumpida por arrebatos de valor o miedo, según sopla el viento. En la invasión del 62-65, los franceses se admiraban de la impasibilidad con que recibían la muerte los fusilados, aun aquellos cuyo ánimo flaqueara en el combate. *Ils ont le courage de mourir et non*

*le courage de se battre* escribía un militar invasor cuya pluma epistolar, con motivo del sitio de Puebla, rindió después tributo a los bravos.

El “adiós” del Inspector destituido se celebró en la casa de las Cariátides con un banquetito que debía ser el último de su historia gastronómica. Asistieron algunos polizaicos, cómplices de descabello, descreídos como él en materias criminales.—“Esto acabará en que lo manden a Ud. a alguna Legacioncita o al Gobierno de un Estado.” Bajo esta impresión, Don Eduardo se retiró de la mesa vacilando entre ser sátrapa de pueblo o embajador en cualquier Cochinchina.

En la alcoba, la cama destinada a próximas nupcias, le hizo pensar en que la novia esperaba. Sintió escalofrío, luego calor mordicante que le impulsaba a sumergirse en un baño inmenso, entregarse a bocanadas acuáticas antes de marchar al tálamo. Le sobrevino una sed extraña partiendo de la seca faringe. Fué al ropero “de luna” y le pareció ver en la suya la cara de Arroyo gesticulando, pidiéndole de beber en su última mueca. Abrió el mueble, sacó los vestidos de novia, y al desplegarlos, experimentó un horror invencible por el blanco. Lo volvió al ropero, y sin darse cuenta, en un estado próximo al somnambulismo despierto, echó el otro sobre la ca-

ma. Crujió la seda y se extendió tristemente arrastrando su cauda por el suelo, como si la desposada se desvaneciera y dejara allí su envoltura de luto.

Antes de salir, se metió Don Eduardo a un bolsillo del pantalón su más pequeño revólver, un *little bull-dog* que parecía juguete. Y riéndose de sí mismo, de las fobias infantiles que le asaltaban, se dirigió al “Distrito.”

Allí, un secretario atildado, pulquérrimo, la ley y la judicatura hechas persona física, vestidas de jaquet nuevo y pantalón plegado a la plancha, le mostró un papel con rubros criminales. Y cortésmente:

—“Don Eduardo, tengo orden de aprehenderlo.”

Se lo llevó á Belén en coche colorado.